

# DE LOS FUNERALES GROTESCOS DE PEPE BOTELLAS EN MADRID Y CÁDIZ (JULIO DE 1812) Y DE OTRAS EFIGIES BURLADAS

JOSÉ MANUEL PEDROSA  
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Los periódicos *El Conciso* de Cádiz del 8 de julio de 1813 y *El patriota de Soria* del 22 de julio de 1813 publicaron una crónica (las dos versiones diferían solo en alguna menudencia ortográfica) firmada por un tal «N., escribano de Madrid», que hacía esta descripción delirante de las diversiones populares que habían estallado en Madrid a la caída del rey intruso, José I, justo un año antes, en julio de 1812:

*Extracto de una carta fecha en Madrid el 28 de Junio*

La acción del 21 nos ha vuelto locos de contento: tanta es la alegría de este pueblo... Supe que principiaba la iluminación, y fui a verla. Grande fue la complacencia al observar que hasta las callejuelas y guardillas estaban como en la proclamación de Fernando en 1808. La alegría de las gentes correspondió á la iluminación, y la segunda excedió en todo, si puede ser, a la primera.

Pero en la que se hicieron excesos de locura, fue en la tercera noche de iluminación (pues aquí no nos hemos contentado con una ni dos) ya en bayles, ya en caprichos.

Presencí uno de los más raros. Acompañado de nuestro amigo N., baxé al Avapies á las diez de la noche, y vimos que a lo último de la calle subía mucha gente con hachones. Deseosos de saber el motivo de este acompañamiento, nos hallamos con quatro ciegos que llevaban en unas andas a un hombre de paja, llamado *El rey Pepe Botella*, el cual acababa de morir, e iban a enterrarle. Al punto compramos hachones y pedimos permiso para que la compañía nos admitiese, y se dignó permitirlo.

Mi compañero que llevaba sable se puso a la cabeza del entierro sable en mano. A pocos pasos nos hallamos con una compañía de tambores, pífanos y muchachos con gorras, mostachones, sus palos al hombro, como fusiles, etc. Me pareció que esta gente autorizaría nuestro entierro, y me adelanté a parlamentar, y suplicárselo al gefe de la partida, el que consintió muy gustoso.

Salimos todos de la calle de la Merced. De trecho en trecho y no muy distante, hacían las caxas señal de parada: se encargaba silencio, y uno de los ciegos, elocuente por naturaleza y dotado de un pulmón de suela, echaba un *responso*, reducido a referir las infamias de Pepillo y las de los afrancesados, sin olvidar las de Bonaparte; y como siempre concluía por desearles mal, toda la cuadrilla respondía muy de corazón: “*Amen, ó muera!*”, según correspondía.

---

<sup>1</sup> Este artículo se publica dentro del marco de la realización del proyecto de I+D del Ministerio de Ciencia e Innovación titulado *Historia de la métrica medieval castellana* (FFI2009-09300), dirigido por el profesor Fernando Gómez Redondo, y del proyecto *Creación y desarrollo de una plataforma multimedia para la investigación en Cervantes y su época* (FFI2009-11483), dirigido por el profesor Carlos Alvar. También como actividad del Grupo de Investigación Seminario de Filología Medieval y Renacentista de la Universidad de Alcalá (CCG06-UAH/HUM-0680) y del Grupo de Investigación GIECO (Grupo de Investigación en Ecocrítica) del Instituto Franklin de la Universidad de Alcalá. Agradezco su ayuda a Fernando Gómez Redondo.

Costó mucho trabajo pasar por las calles de Barrio-nuevo, Carretas, y de la Montera, á pesar de que la tropa de Manolos y Manolas iba delante con hachones apartando con mucho modo el gentío. Llegamos a la casa donde está el célebre Empecinado.

Allí era el oír al ciego de los responsos. Muchas de sus gracias se perdían por la bulla y la algazara. Preguntóme dónde quería que se enterrase aquel difunto, y respondió el Empecinado: *que en el barranco*. Les dio a los ciegos una buena gratificación y los despidió.

En virtud de esta orden volvió el entierro por las calles de la Montera, de las Carretas, Atocha, plazuela de Antón Martín y por la calle del Ave-María llegamos al barranco ya con nuevos hachones: se iluminaron ambos costados: se repitieron los *responsos*: se quemó la figura de *Botellas*, y las cenizas y algunos fragmentos cayeron en la inmundicia, a la una de la noche. El ciego N. se empeñó en dexar allí puesto el siguiente epitafio:

AQUÍ YACE EL REY PEPINO,  
DETÉN EL PASO, MORTAL,  
NO PISES A ESE ANIMAL  
QUE PUEDES AHOGARTE EN VINO.

El alcalde de barrio N. me pidió con mucha formalidad que le diese testimonio de todo. Me cayó muy en gracia su aprensión, y más quando añadió con la misma seriedad que pensaba remitirlo al gobierno. Yo estaba tan loco como él, mas no por eso accedí a sus serias y formales demandas. En fin: cansadísimo y ronquísimo, por las muchas voces que di en toda la carrera, llegué a mi casa a las dos de la madrugada, habiendo encontrado en muchas calles bailes de guitarra y de pandero, Manolos y Manolas que fuera de sí de gozo y alegría, celebraban las glorias del lord Wellington, y el valor de las tropas aliadas.

Muchos ciegos llevaban hachones, y aunque iban agarrados de mugeres, era preciso apartarse bien de ellos, pues al gritar *amén* al final de los responsos daban tales tizonadas a un lado y a otro que tenía uno que estar bien lejos por evitar, sino el palo, á lo menos el hachón del ciego.

Este hecho podrá ser solo un juego, y decirse de él: *Soñaba el ciego que veía, etc.* Pero a lo menos manifiesta lo que es y será siempre este pueblo. (*El Conciso* de Cádiz, 8-7-1813: 4-6 y *El patriota de Soria*, 22-7-1813: 1-3).

El texto que acabamos de reproducir es una joya notabilísima de la literatura etnográfica y de la documentación histórica española de cualquier época y lugar. Estructurado a modo de reportaje escrito en primera persona por quien se dice testigo y partícipe de los hechos, tiene la vitalidad y la emoción de la vivencia personal, la lucidez del mejor testimonio costumbrista y social y la ductilidad de la literatura de buena ley. Escrito sobre retazos de escenas superpuestas, con luces que pasan del fulgor al tenebrismo, sería digno del Goya más socarronamente carnavalesco, el del espectral *Entierro de la sardina* por las calles de Madrid, por ejemplo, si no fuese porque el genio aragonés había congeniado relativamente con el rey intruso, y se había avenido incluso a retratarlo, lo que sugiere que no se sentiría del todo cómodo dentro de aquel jolgorio violentamente antijosefino.

La descripción que nos traslada esta crónica de los ciegos de Madrid, de su organización interna, de sus artes verbales desbordantes, hubieran hecho las delicias, en cambio, de Rabelais y de Bajtin. Un texto, en fin, que transmite al lector la impresión de que es arrastrado él también por las calles de aquel delirante Madrid, que destila sinceridad y nervio, sorprendentemente moderno, de calidad documental como se conocen muy pocos en esa época y en otras.

La crónica que hemos conocido a partir de la versión que fue publicada en dos periódicos de provincias de 1813 debió de ver la luz también en otras publicaciones y

alcanzó seguramente cierta notoriedad en la época (Freire López, 1993, n.º 77)<sup>2</sup>. La acotación con que se abre, «extracto de una carta fecha en Madrid el 28 de Junio», genera dudas y expectativas: puede que fuese simple resumen de alguna crónica mayor y aún más ilustrativa, que acaso circularía también en soportes deleznable que por desgracia no hemos conservado.

Todavía dos años después, en la *Atalaya de La Mancha en Madrid* del 27 de marzo de 1815, podía leerse una carta dirigida al «Señor Editor», firmada por un tal Josef Joaquín González de la Cruz, quien escribía desde el «Burgo de Osma y Diciembre 31 de 1814» y agradecía que el periódico hubiese publicado en números anteriores ciertos poemas burlescos contra José I y encomiásticos de Fernando VII compuestos por ingenios de otros lugares de España:

nos hubiéramos ido á la sepultura acaso sin leer la bonita décima que vd. ha insertado de Fregenal de la Sierra para ilustrar la honrosa memoria de D. Josef Nabo primero, el mayor nabo de quantos han producido los nabares de Galicia<sup>3</sup>. Tampoco hubiéramos tenido noticia del brillante quarteto que puso D. Isidoro Balgañon en la proclamación del Rey Fernando, inserto todo en el número 247. (*La Mancha en Madrid*, 27-3-1815: 1-3).

Aquella misma crónica continuaba de un modo que nos interesa mucho, porque sugiere que la vivísima evocación del funeral burlesco de José I que había sido descrita por «N., escribano de Madrid» tres años antes seguía viva en la memoria colectiva:

Los autores de estas poesías hubieran también ignorado la que se puso en el epitafio de Josef Botellas en el Periódico que se tituló *el Patriota de Soria*, lunes 2 de Agosto de 1813<sup>4</sup>, quando todavía andaban los francesones por España. Y porque los de Fregenal y Burgos sepan que hay aquí un enemigo como ellos implacable de franceses, afrancesados y liberales, inserto á vd. la glosa que hice á dicho epitafio, que se concibe en estos términos.

Glosa al epitafio de Josef Botellas.

REDONDILLA.

*Aquí yace el Rey Pepino,  
deten el paso, mortal,  
no pi[ses] a este animal,  
que puedes abogarte en vino.*

QUINTILLAS.

¡Ah, reinado peregrino...!  
Lanzado de sus vasallos,  
qual otro Sancho mohino,  
lleno de vaca y de callos,  
*aquí yace el Rey Pepino.*

¡FERNANDO! ya tu rival  
se pudre en la losa fría;

<sup>2</sup> Ana Freire remite a «DGS, 12-7-1813: 1204 (vol. 215). Aparece también en D[íario] R[edactor del] S[evilla] el mismo día (vol. 218), diciendo que toma esos versos de *El Conciso*».

<sup>3</sup> El de Josef Nabo fue otro de los motes despectivos que dio el pueblo español a José I. Lo corrobora, por ejemplo, una invectiva constitucionalista que publicó *La Atalaya de La Mancha*, en Madrid, el 24-2-1815: 129, dirigida «a los fieles vasallos de Josef Nabo primero, á los hijos espurios de Fernando».

<sup>4</sup> La fecha correcta hubiera debido ser la del 22-7-1813.

pues que su vida brutal  
nos dio tan buena: alegría,  
deten el paso mortal.

Si Madrid no es desleal,  
y atrás no vuelve sus pies,  
diga con acento igual:  
¡Manolo del Ava pies...!  
“no pises á este animal”.

El ateista mas fino,  
mas ladronazo que Caco,  
murió... Si así nos convino,  
no te acerques al Dios Baco,  
que puedes ahogarte en vino.

Haga vd., Señor Editor, que el epitafio glosado de este hombron filósofo no quede reducido á los estrechos límites de las sierras del Burgo de Osma y de Soria... Pase á Fregenal, á Burgos, á toda la Península y Europa, que lo merece tan insigne difunto.

Mas que sus amigos lloren á moco tendido... Ratifique vd. á los que le han aborrecido la implacabilidad con franceses, afrancesados y liberales: implacabilidad eterna que (sin pecar) les asegura hasta el postrer suspiro su invencible suscriptor Q. S. M. B. (*La Mancha en Madrid*, 27-3-1815: 1-3).

La perduración de la memoria común del carnaval que se había montado en Madrid a costa de la expulsión de *Pepe Botellas*, y la producción, reproducción, intercambio y glosa cruzada de versos satíricos que debió propiciar encuentran en los escritos que acabamos de conocer reflejos fidedignos, pero sin duda muy pálidos e incompletos, de los que debieron latir en la época.

Tampoco fueron las burlas de Madrid las únicas que se hicieron para celebrar la defenestración de José Bonaparte. Debió de haber muchos más en muchas ciudades y pueblos, porque uno de los entretenimientos favoritos del pueblo español ha consistido tradicionalmente, según vamos a ir viendo, en confeccionar muñecos, ponerles nombres de notables odiados, vejarlos en efigie y quemarlos a modo de aviso y exorcismo de tiranos y malandrines.

En Cádiz, ciudad emblemática de la resistencia antifrancesa, se celebró también un carnaval notorio, con un muñeco josefino zarandeado, colgado y vilipendiado, más canciones alusivas y todo tipo de burlas y alegrías adláteres. Posiblemente más multitudinario, organizado y consistente que el de Madrid, que da la impresión, a través de la crónica que de él quedó, de que fue relativamente improvisado. Aunque no sabemos hasta qué punto, porque hablaba el cronista madrileño de que «en la que se hicieron excesos de locura, fue en la tercera noche de iluminación (pues aquí no nos hemos contentado con una ni dos)». Indicio de que los festejos madrileños se extendieron durante varios días, igual que los que se celebraron en Cádiz, lo cual requeriría alguna mínima planificación.

La crónica periodística publicada en *El Conciso de Cádiz* el 14 de agosto de 1812 es otro documento de calidad etnográfica fabulosa, mejor ordenado y con información más sistemática que la del madrileño, aunque carezca acaso de su fluidez y espontaneidad. Por cierto, que el mismo periódico, en su edición del 15 de marzo de 1812 había avanzado ya lo que en las semanas próximas iba a suceder: «el Rey Pepino tiene preparadas sus alforjas, y carros cubiertos para marchar en caso de apuro»:

El inmenso gentío, el Jubilo, de que estaban todos poseídos, la multitud de tiendas, el total de la iluminación, el cántico de himnos patrióticos, las músicas militares, y hasta la temperatura de la atmósfera, todo convidaba al regocijo.

Llenó los deseos de los concurrentes el árbol de fuego, que se executó con todo primor: el artista tuvo el capricho de poner en el remate un maniquí con uniforme, placas y berenjenas al pecho; y la gente se empeñó en que era la figura de Pepe; parecía fundada esta opinión, si se atiende á lo que la tal pantomímica figura tenia en la mano, pues, representaba las insignias: reales de la nueva dinastía intruso-reynante-ambulante-escapante, es decir, una botella, que se empeñaron en llamar cetro del rey de los renegados; se corrobora esta sospecha al ver que en una de las coplillas que se cantaron (véase la copla 4ª) se hace mención de esta idea; y semejante autoridad no dexa de ser respetable; da mas peso a esta opinión el observar que a pesar del vivo fuego a que el tal maniquí estuvo expuesto, jamás soltó de la mano su botelli-cetro. Llevó el artista su capricho hasta presentar a nuestra figurilla con grillos y cadenas; es muy laudable la buena intención, y en esto no hizo mas que indicar los vivos deseos de todos los buenos españoles (vease copla 5ª).

Continuo la diversión y el bayle popular en la misma plaza hasta la madrugada del 13, variando las músicas, multitud de marchas &c., entonando la compañía de comicos diferentes himnos patrióticos y otras canciones; entre estas fueron improvisadas (por un cómico) y cantadas las siguientes:

Con las bombas que envía  
el farsante Soutl  
hacen las gaditanas  
toquillas de tul.

Quando Pepe Botellas  
está borracho  
dice a los españoles  
estar gabacho.

Quando vino a Chiclana  
el farsante Soutl  
para el botín de Cadiz  
trajo un baúl.

El gran Pepe Botellas  
puesto en el árbol  
ha bailado esta noche  
un buen fandango.

Aunque Pepe en el árbol  
sea tontera,  
acá lo sentimos  
no sea de veras.

El gran Soutl y Botellas  
en Almería  
van a poner tienda  
de alojería.

El gran Pepe Botella  
dice a los suyos  
“vámonos a la Francia,  
que esto estar duro”.

Al dar un chusco a Pepe  
mil vueltas dando

dixo: desde ahora sea  
Pepe VOLADO.

No es posible dar una idea de la rechifla, befa y mofa que el público mostraba en su algaraza a cada una de estas coplillas, y el deseo que manifestaba de oír mas y mas por este estilo. La Sra. Illot sabe dar con el semblante y ademan tal fuerza y expresión á este género de canciones, que los espectadores no pueden menos de acompañarla en la publica demostracion del desprecio y odio que merece la canalla gabacha y el autómatas que llaman «REY» [las letras aparecen boca a bajo en la crónica]. Mucho menos es para pintarse el gozo, *vivas* y aplausos hasta con pañuelos y sombreros enarbolados, que por mucho tiempo, continuaron a oír la siguiente:

Que vivan los Ingleses!  
Viva FERNANDO!  
Que viva el Lord WELLINGTON  
Por muchos años.

Hasta las 4 de la mañana duró esta diversión, a la qual queda el pueblo arregostado, y espera en estas próximas noches otras veladas y una feria patriótica para dar desahogo a su jubilo por los triunfos de las armas aliadas. (*El Conciso de Cádiz*; 14-8-1812: 5-6, 15-3-1812: 3).

En Cádiz llegó hasta a proponerse, entre otras cosas, que un muñeco que representase a Soult, el odiadísimo general francés que dirigió el cerco de la ciudad, quedase expuesto, para mofa general, sobre el mortero francés que había estado machacando cruelmente a los sitiados, y en algún lugar bien emblemático:

Artículo comunicado

Sr. Red.: Propongo que sea conducido á Cádiz el mayor de los morteros con que el infame Soult insultaba á este pueblo magnánimo colocándose en la plaza de S.

Antonio, ú otro sitio señalado, para servir de monumento eterno á nuestra gloria, y de oprobio al nombre francés; que sobre él se coloque, cual Baco sobre la cuba, la estatua de aquel gefe de asesinos; que cada año se destine un dia para recuerdo de la vil conducta de los franceses contra un pueblo donde tan dulce acogida hallaron cuando se fingían amigos: finalmente que en este dia aniversario haga un regidor al pie del mortero un enérgico discurso, en el que recuerde tanta infamia y exhorte á no olvidarla, cantándose luego á golpe de tamboriles y chirimías algunas letrillas de escarnio al ridículo duque de Dalmacia, al corso emperador y al rey Botellas, dándose fin a la fiesta con un baile de máscara para burla de tan ridículas personas = J. M. (*Redactor General* del 26-8-1812, reproducido en *El Conciso* del 27-8-1812:8).

Los festejos gaditanos combinaron, en fin, lo formal y lo informal, la celebración de las autoridades y la del pueblo:

La retirada del francés se celebra igualmente con funciones religiosas. En la iglesia del Carmen se cantó un Te Deum al que asistió el pleno de las Cortes, tras una votación pública que así se decide. También la Regencia asiste al acto. En el campo del Balón el pueblo festeja el triunfo. Allí, entre chanzas y burlas, se cantaban las coplillas alusivas que ya corrían de boca en boca. (Solís-Marañón, 2000: 242).

Llama la atención la frase que, dentro de la vivísima crónica gaditana, proponía que sobre el gran mortero arrebatado a los franceses se colocase, «cual Baco sobre la cuba, la estatua de aquel gefe de asesinos», Soult. Parecería como si, para los españoles, todos los capitostes franceses fuesen unos perdidos borrachos. Cualidad que traslucía desde luego el

mote de *Pepe Botellas* que se dio al rey francés y coplillas como aquella que evocaba Mesonero Romanos,

Ya se fue por las Ventas  
el Rey Pepino  
con un par de botellas  
para el camino,

quien no tuvo más remedio que aclarar que «lo de la embriaguez es absolutamente voluntario, pues sabido es que no probaba el vino». (Mesonero Romanos, 1994: 135).

Las dos crónicas de las vejaciones que se hicieron a la efigie de Pepe Botellas en Madrid y en Cádiz ofrecen tal amalgama de detalles etnográficos, socioculturales y literarios que su desmenuzamiento precisaría un gran derroche de páginas. La obligación, en esta ocasión, de ser muy sintéticos, nos fuerza a ser selectivos en las comparaciones y a ir por partes.

Dirijamos primero nuestra atención hacia el epitafio burlesco («aquí yace el rey Pepino, detén el paso, mortal...») que «N., escribano de Madrid» escuchó cantar a un ciego más que recurrente en 1812, y que dos años después glosó en quintillas un poeta aficionado soriano. Ejemplo muy afortunado de un género paródico que conoció intenso cultivo en aquella época, aunque puede que su edad de oro auténtica se situase en el Renacimiento y el Barroco, en los que tuvo expresiones como esta:

Entre los epitafios que han sido hechos por hombres que murieron de muerte cruel o desastrada, me acuerdo de uno que yo vi en Zamora, el cual no es menos ridículo que cruel, y extraña fue la muerte del hombre por quien se compuso. La historia es ésta: en la ciudad de Zamora, que es una de las más antiguas de España, hubo un hombre llamado Beltrán de Fuente-Frida, el cual por su ventura mientras fue casado fue cornudo por sus pecados; y pasando su vida con paciencia, como Dios lo manda, tras ese mal le sucedió otro mayor, y es que el día de Santiago, Patrón de España, como corriesen los toros en Zamora, este Beltrán salió al corro bravo y borrufero, y queriendo hacer el valiente como los otros, su desventura quiso que un furioso toro le alcanzó y le hincó los cuernos por las espaldas, y allí le mató. Así el cuitado dio el alma a Dios con cuernos detrás y cuernos delante. ¡Oh qué desventura! Fue después enterrado en una pequeña iglesia que está fuera de los muros a la orilla del Duero, entre unas peñas, en la cual yo hallé su epitafio que es éste:

Aquí yace Beltrán de Fuente-Frida;  
cornudo fue en la vida por su suerte;  
otros cuernos después le dieron muerte;  
lector, guarde de cuentos por tu vida<sup>5</sup>. (Rodríguez Cacho, 1996: 435-446).

Volviendo a los inicios de nuestro siglo XIX, circularon epitafios burlescos no solo contra José I, sino también contra su hermano Napoleón, calcados sobre moldes formulísticos («aquí yace el...») muy convencionales. El siguiente reportaje, con su epitafio inserto, fue publicado en la *Atalaya de La Mancha en Madrid* el 10 de mayo de 1814:

Anécdota que puede servir de ejemplo á los Liberales para dexarse de vagatelas y proyectos y destinarse á gozar de la vida sosegada y regalona de los mamantes y pancistas.

La voz que corrió estos dias de haberse fugado Napoleón á Turquía, carece de fundamento según un prisionero civil que viene de Francia. Y se tiene por mas cierto que ha desistido del retiro á la isla de Elba, y que en su lugar pide con ansia una de las Abadías de

<sup>5</sup> Este epitafio burlesco fue anotado en la *Silva curiosa* de Julián de Medrano (o Julio Íñiguez de Medrano), que fue publicada en París en 1583 y 1608. (Rodríguez Cacho, 1996: 435-446, 435).

Monges, que antes había, para acabar sus días entre ellos. Si así fuese, el autor de la ingeniosa y apreciable obra del *Napoleón, o verdadero D. Quixote de la Europa*, no andaba muy distante de presagiar el paradero de tan grande héroe, quando le aconsejaba que se metiese en un Monasterio de la Trapa, y que sobre su sepulcro se pusiese el siguiente epitafio:

Aquí yace el Corso fuerte,  
que á tanto extremo llegó  
de grandeza, que se advierte  
que la muerte no triunfó  
de su vida con su muerte.  
Tuvo á todo el mundo en poco.  
fué el espantajo y el coco  
de Frayles, á maravilla,  
que se entró Monge en la Trapa,  
y murió con su capilla. (*La Atalaya de La Mancha*, Madrid, 10-5-1814: 318).

El burlesco epitafio a Napoleón contrahecho del que el bachiller Sansón Carrasco escribió, según el capítulo II: LXXIV de la obra maestra cervantina, para la tumba de don Quijote («yace aquí el hidalgo fuerte...»), es heredero de una tradición antiquísima de epitafios serios y cómicos que no podemos ahora desentrañar, y precursor al mismo tiempo de otros como el que Augusto Monterroso puso en el frontispicio de su novela *Lo demás es silencio* (1978): «Aquí yace Eduardo Torres, / quien a lo largo de su vida / llegó, vio y fue siempre vencido / tanto por los elementos / como por las naves enemigas» (Monterroso, 1991: 9). Es paralelo también, muy afortunado, de muchos que circularon en la atribulada época de José I y de Fernando VII, en la que tuvieron mayor o menor fortuna, según ha detallado Ana María Freire López, un *Epitafio a los experiódicos de los republicanos*, un *Epitafio del sepulcro de Nerón, que podrá servir para la tumba de Napoleón Bonaparte*, un *Epitafio para el sepulcro de los liberales*, un *Epitafio que se debe a los sediciosos liberales en el panteón del olvido*, un *Epitafio al Emperador de los franceses*, un *Soneto Epitáfico a la Inquisición*...

Uno de los que más se reprodujo fue el que se hizo a Dupont después que perdió la batalla de Bailén el 19 de julio de 1808. La victoria de las tropas del general Castaños estimuló a los españoles, y especialmente a los andaluces, que repetían:

Aquí yace el grande Dupont,  
grande cuando Dios quería,  
que murió de un bofetón  
que le dio la Andalucía<sup>6</sup>. (Freire López, 2008: 102-103).

---

<sup>6</sup> El epitafio, con extensa explicación introductoria, fue publicado en *La Esperanza* del 26 de noviembre de 1846, en una carta que firmaba «Y. E.» y que decía, entre otras cosas: «pongo a continuación una de las producciones poéticas que más avivó el entusiasmo de todos, como también el epitafio á la rendición del general Dupont con su ejército en Bailén; ambas cosas corroborarán las actuales ideas de Vds. Entonces ellas hacían de cada hombre un héroe; y aun los soldados mas bisoños se portaron como tales en aquella gloriosa acción. Yo así lo espermenté, pues contribuí á ella como capitán que era de la 4ª compañía, del 3º batallón del regimiento infantería de las cuatro Ordenes Militares, uno de los que mejor se portaron en la batalla; correspondiendo a la 2ª división que mandaba el general Cupini en el ejército de Andalucía». (*La Esperanza* 26-11-1846:3). La décima que acompañaba en aquella carta al epitafio de Dupont era esta:

La castellana arrogancia  
siempre ha tenido por punto  
no olvidar lo de Sagunto,  
recordar lo de Numancia,  
franceses, idos á Francia:  
dejadnos con nuestra ley;



En fin, que la moda de los epitafios burlescos siguió bien vigente durante todo aquel siglo, según ilustra, por ejemplo, el que publicó *La Época* el 19 de Abril de 1897:

Aquí yace un general  
que hizo más el mal que el bien.  
El bien que hizo lo hizo mal,  
el mal que hizo lo hizo bien. (*La Época*, 19-4-1897: 4).

Dejémonos ahora de epitafios y centrémonos en otras de las claves de los festejos antijosefinos que estamos conociendo, que son los colgamientos y manteos de muñecos y peles carnavalescos («el gran Pepe Botellas / puesto en el árbol / ha bailado esta noche / un buen fandango», cantaba la turba gaditana) y sus funerales, responsos y quemas: «se quemó la figura de *Botellas*, y las cenizas y algunos fragmentos cayeron en la inmundicia», recordemos que informaba la crónica madrileña.

Ritual, el de la vejación y destrucción de monigotes, que se ha escenificado, en España y en toda la geografía tradicional hispánica, en dos momentos del año tradicionalmente álgidos: el del carnaval, como ejemplifica la del emblemático holocausto del Peropalo de Villanueva de la Vera en Cáceres (Pedrosa, 1996: 5-27); y el de la Pascua de resurrección, como la del no menos emblemático Judas que sigue siendo quemado en lugares de toda España, Portugal e Hispanoamérica el sábado o el domingo de cada Pascua.

Existe, sobre estas tradiciones burlescas, una bibliografía copiosísima, encabezada por la de don Julio Caro Baroja sobre «los peles», «los agravios de Carnaval», el «triumfo, muerte y entierro del Carnaval», «la Cuaresma y su quema», «la destrucción del Judas»<sup>7</sup> (Caro Baroja, 1992) y hasta «los peles de mayo», que también los ha habido. (Caro Baroja, 1983: 44-52). Y reminiscencias en nuestra literatura, como la de la derrota de don Carnal en el *Libro de buen amor* y el manteo de Sancho en el *Quijote*, que han sido mil veces estudiados y nos eximen ahora de dar demasiadas precisiones al respecto.

Daremos solo las justas, y sacadas además de crónicas muy marginales y que se le pasaron por alto a don Julio. Atendamos, por ejemplo, a esta que fue publicada en *El Clamor Público* del 18 de marzo de 1858, acerca de un rito, el de la quema de la Cuaresma, del que Caro Baroja desentrañó otros pormenores y antigüedades, y que en el Madrid de mediados del siglo XIX persistía ya solo como recuerdo:

Variedades. Crónica de la capital

*Partir la vieja.* He aquí el origen de esta frase aplicada á la Cuaresma. Antiguamente existía en las familias, y sobre todo entre los niños, la costumbre de hacer, el martes de Carnaval ó el miércoles de Ceniza, una vieja de trapo, de papel y hasta de dulces, con siete piernas, representando las siete semanas de la cuaresma, las cuales piernas se cortaban según cada una de las semanas transcurría; y al llegar a mediar aquella se dividía la figura de alto a bajo en dos partes iguales, celebrándose tan fausto suceso con alguna broma.

Después, el sábado Santo ó el domingo de Resurrección, el feo muñeco se reducía á cenizas si era de papel ó de trapo, ó se comía alegremente si era de materia masticable. (*El Clamor Público*, 18-3-1858: 3).

El Judas fue quemado también tradicionalmente en Madrid y en pueblos de su entorno (yo mismo lo he visto colgar y quemar en Nuevo Baztán), pero puede que no haya mejor ni

---

que en tocando á Dios y al rey,  
á nuestra Patria y hogares,  
todos somos militares,  
y formamos una grey.  
(Freire López, 2008: 102-103)

<sup>7</sup> Son títulos de capítulos y epígrafes del libro Julio Caro Baroja.

más aparatosa descripción de cómo se desarrollaba el ritual en el siglo XIX que esta, burgalesa, que fue publicada en *La Época* del 6 de abril de 1850:

Nos escriben de Burgos que este año, como todos, se ha celebrado la función del *prendimiento de Judas*, farsa ridícula que la civilización no ha alcanzado á desterrar, y nos hacen de ella la descripción siguiente:

El Sábado Santo, á las once de la mañana, las campanas de todas las iglesias anuncian con sus múltiples sones la resurrección del divino Redentor. Cuatro ó seis tambores al mismo tiempo recorren las calles llamando á los enemigos de Judas para salir en su persecución.

El rubio discípulo de Jesús ya hace algunas horas que ha tenido la precaución de salirse furtivamente de la ciudad, y se encuentra á media legua de ella conversando muy tranquilamente con su ejército.

El contrario, que se compone de una especie de *cosacos*, sale en su persecución, se encuentran y se da la batalla. Judas y sus prosélitos caen en poder de los *cosacos* y hacen su entrada triunfal en la ciudad con sus prisioneros.

El domingo, día primero de Pascua, Judas es sacado á la pública vergüenza y azotado por las calles.

Las salvas de los que le custodian, y la muchedumbre que les sigue, denotan bien el júbilo con que celebran este acto. En esta ocupación se pasa todo el día, y el lunes, segundo de Pascua, levantan un tablado donde se coloca el tribunal que ha de sentenciarlo. Al lado del tablado se eleva también un púlpito, que sirve para

que un hombre vestido de dominó negro dirija á sus oyentes una peroración llena de espresiones asquerosas y sucias. Una larga bola llena de vino es la compañera inseparable del *orador*, y en los pasos más solemnes, tales como en el de el *Ave-María*, se le ve estraer repetidas veces el alegre licor.

Comienza después el tribunal á ejercer sus funciones. El fiscal acusa al reo. El defensor aboga por Judas con un calor digno de mejor causa; y entre los dos contrincantes se cruzan espresiones que ponen en ridículo a los tribunales de justicia. Por fin Judas es sentenciado al fuego, y sin mas apelación, aplican una mecha a un muñeco de pólvora, que arde instantáneamente en medio de la algazara general. (*La Época*, 6-4-1850: 4).

Los monigotes de José I paseados, zarandeados, colgados, sometidos a responsos burlescos, quemados en el Madrid y en el Cádiz de 1812 se acogían, pues, a unos guiones rituales muy tradicionales y acuñados. Y con modelos y paralelos muy persistentes en las prácticas festivas del pueblo (del madrileño y de muchos otros), según estamos comprobando.

En realidad, las raíces del ritual de quemar la efigie o muñeco de un personaje odiado por la comunidad se halla muy arraigada en innumerables lugares y culturas, y se entremezcló desde sus orígenes con viejos ritos de fecundidad y propiciación agrarias. De hecho, la quema y esparcimiento por la tierra de las cenizas de monigotes en las fechas de finalización del invierno que marcan el carnaval y la Pascua son costumbres claramente impregnadas de esa dimensión. Los griegos tenían la costumbre de ahorcar, columpiar, quemar monigotes en el marco de cultos agrarios relacionados con las diosas Fedra, Artemisa, Helena, Erígone y Carila. Recordemos, muy a vuelapluma, lo que a propósito de la última resumió Pierre Grimal:

Carila se presentó a la puerta de la morada del rey a pedir la limosna de un poco de trigo; pero el rey, en vez de darle lo que pedía, la rechazó brutalmente, de un puntapié en el rostro. Carila, desesperada, se ahorcó, y entonces la sequía se intensificó...

Una muñeca a la que se había dado el nombre de Carila, y cuyo cuello se había rodeado con un lazo de junco, era enterrada procesionalmente en una tumba escavada en la montaña. (Grimal, 1997).

Frazer, quien escribió muchas páginas acerca de las burlas, ahorcamientos y entierros festivos de monigotes, recordaba prácticas mixtas, de significado mitad agrario y mitad político, como aquella tradicional en la católica Austria,

en la parte baja del valle de Inn, [donde] llevan en un carro una efigie zarrapastrosa por todo el pueblo el día del solsticio y después la queman. Le llaman el Lotter, palabra que es una corrupción de Lutero. (Frazer, 1981: 703).

Pero no pocas veces el componente violento, vejatorio, burlesco, se impuso sobre la mitología agraria subyacente, y el monigote torturado quedó identificado, al margen más o menos del calendario campesino, con cualquier enemigo que la opinión pública odiase fervientemente.

Nuestro Juan Ramón Jiménez, en *Platero y yo*, hacía una evocación de los Judas que eran quemados en Moguer muy significativa para nosotros, por cuanto les ponía primero «caretas de ministros», y los identificaba después con «el diputado, o la maestra, o el forense, o el recaudador, o el alcalde, o la comadrona». Con cualquiera contra el que el pueblo quisiese ejercer, con furia catártica, su violencia ritual:

*Judas.*

¡No te astustes, hombre! ¿Qué te pasa? Vamos, quitecito... Es que están matando a Judas, tonto.

Sí, están matando a Judas. Tenían puesto uno en el Monturrio, otro en la calle de Enmedio, otro, ahí, en el Pozo del Concejo. Yo los vi anoche, fijos como por una fuerza sobrenatural en el aire, invisible en la oscuridad la cuerda que, de doblado a balcón, los sostenía. ¡Qué grotescas mescolanzas de viejos sombreros de copa y mangas de mujer, de caretas de ministros y miriñaques, bajo las estrellas serenas! Los perros les ladraban sin irse del todo, y los caballos, recelosos, no querían pasar bajo ellos...

Ahora las campanas dicen, Platero, que el velo del altar mayor se ha roto. No creo que haya quedado escopeta en el pueblo sin disparar a Judas. Hasta aquí llega el olor de la pólvora. ¡Otro tiro! ¡Otro!

... Sólo que Judas, hoy, Platero, es el diputado, o la maestra, o el forense, o el recaudador, o el alcalde, o la comadrona; y cada hombre descarga su escopeta cobarde, hecho niño, esta mañana del Sábado Santo, contra el que tiene su odio, en una superposición de vagos y absurdos simulacros primaverales. (Juan Ramón Jiménez, 1987: 99).

Tenía razón Juan Ramón cuando hablaba de monigotes vejados con «caretas de ministros». Una larga nómina de ministros impopulares habrán sido vejados en efigie, de modo a veces más que original, en nuestro país y en todos. *El Nacional* del 28 de diciembre de 1840 publicaba este escarnio que se llevó a cabo en Ribadeo, Lugo:

Varios de los junteros de este pueblo son los que para celebrar la caída del ministerio Castro Arrazola en julio a consecuencia del motín de Barcelona, echaron a volar a los referidos ministros en estatua ó retrato atados a un globo, al cual estuvieron asestando cohetes y bombas hasta que los perdieron de vista, que es un modo nuevo y original de poner mazas. Vamos, no parece sino que estos patriotas son dirigidos é inspirados por algún clown jongleur que en la parte de gracioso podría dar algunas rayas a M. Auriol. (*El Nacional*, 28-12-1840: 1).

Nobles, políticos, militares, clérigos vejados en efigie ha debido haber a millares, de todos los tamaños y colores, porque nunca se ha cansado el pueblo de ejercer tal censura ritual contra quienes cree malvados o indignos. En Cuba y en los Estados Unidos fue

tradición quemar monigotes que representaban a políticos y militares españoles. *La Esperanza* del 19 de septiembre de 1851 informaba de lo que sigue:

*Nueva-Orleans* 23 de agosto. La irritación sobre los sucesos de Cuba es muy grande, y no parece que se acabará tan pronto. Todas las calles principales están llenas de grupos tumultuosos, y la propiedad de los españoles no ha sido respetada. En todas partes ha sido destruida. Ayer fué quemado en efígie el cónsul español, y hubo gran tumulto, que las autoridades no pudieron reprimir. (*La Esperanza*, 19-9-1851: 2).

Medio siglo después, la efígie del general español Valeriano Weyler era tratada de igual modo por los norteamericanos de Tampa, según denunciaba *La Época* del 30 de marzo de 1896:

Un telegrama que publica el *Heraldo* dice que varios cubanos filibusteros y algunos norteamericanos se reunieron anteanoche en Ellinger Tampa y quemaron un muñeco que representaba al general Weyler.

Después arrastraron lo que quedaba del muñeco por las calles, en unión de una bandera española, que también fué quemada ante numerosísimo público entre los gritos atronadores y voces de “¡Muera España! ¡Viva Cuba libre!” é insultos groseros á los españoles.

Las autoridades de Tampa, para quienes las órdenes de su Gobierno deben ser letra muerta, permanecieron indiferentes, demostrando de este modo que los enemigos de España pueden contar con sus simpatías y hacer impunemente cuanto se les antoje. (*La Época* 30-3-1896: 2).

No se libraron los clérigos, como representantes de la autoridad que eran, de este tipo de vejaciones. *El Heraldo de Madrid* del 23 de marzo de 1901 publicaba esta noticia acerca de ciertas burlas antijesuiticas que tuvieron lugar en la ciudad portuguesa de Thomar, en el distrito de Santarém:

Agitación anticlerical

Por telégrafo.

De la agencia Fabra, Salamanca.

Al anoecer del 19 ocurría en Thomar, población del vecino reino, un suceso que pudo tener fatales consecuencias.

Varios dependientes de los comercios llevaron a la plaza un muñeco vestido de jesuíta y encendieron una hoguera para prenderle fuego.

Un muchacho se apoderó del muñeco y huyó con él, y como los agentes de la Policía llegasen y sacasen sus revólveres, amenazando al pueblo, se produjo una gran manifestación á los gritos de ¡Fuera la Policía! ¡Mueran los Jesuítas! y ¡Viva la República social!

Intervino la caballería, que dio una carga y repartió muchos sablazos, mientras los manifestantes se defendían a pedradas.

Hubo numerosos prisioneros. (*Heraldo de Madrid* 23-3-1901: 2).

Todavía en la posguerra española fue tradicional la quema de la efígie del derrotado y expulsado Manuel Azaña, según revela este informe del pueblo de Santa María del Río, en Pontevedra:

Éramos pequeños. Y entonces nos decían, el alcalde, porque todos eran de Franco, y decían:  
 -¡Niños, vamos a quemar a este señor, a Azaña, vamos a quemarlo!  
 Y entonces nos llevaron fuera del pueblo a un monte, y todos los niños decían:  
 -¿A quién quemarán?  
 Y entonces, allí, tojos, montones de tojos allí, juntaban tojos, y quemaban. Y yo llegué a casa diciendo, y mi padre casi me dio una paliza. Dice:  
 -¿Dónde has ido?  
 Y yo digo:  
 -Hemos ido todos los niños, niñas y niños, con el alcalde, a quemar a Azaña.  
 Pero yo no vi ningún señor. Solo eran tojos<sup>8</sup>. (Pedrosa, 1997).

Puede que retroceder hasta el siglo XV signifique dar un salto extraordinariamente arriesgado en el tiempo, pero el caso es que en 1465 tuvo lugar en la ciudad de Ávila un ritual que no puede dejar de ser recordado aquí, porque su significado político, su desarrollo ceremonial y su densidad simbólica se hallan perfectamente a la altura de los que tuvieron lugar en Madrid y en Cádiz en 1812.

El acontecimiento ha pasado a la historia como “la Farsa de Ávila”, y su descripción en la *Crónica de Enrique IV* compuesta por Diego Enríquez del Castillo es una de las más originales y portentosas que, en lo que se refiere al menos a prácticas burlescas y carnavalescas, nos ha legado la Edad Media. No se limita, además, a la deposición injuriosa del rey, sino que se extiende también a la venganza que los partidarios de Enrique ejercieron poco después, en Simancas, contra la efigie de su enemigo principal, con lo que toda la secuencia adquiere dimensiones de enorme complejidad.

El rey Enrique IV de Castilla fue, en efecto, vejado y depuesto en efigie por unos cuantos de sus nobles, que proclamaron rey a su hermano don Alfonso, quien tenía entonces once años de edad, en Ávila el 5 de junio de 1465. Las burlas contra la efigie del ausente rey, que se mantendría en cualquier caso en el trono hasta su muerte en 1474, se asemejan mucho a las injurias que se hicieron en el Madrid y en el Cádiz de 1812 contra el prófugo José I.

Sobre todo a las de Cádiz, pues en aquella ciudad el odiado rey francés fue aparatadamente representado como “un maniquí con uniforme, placas y berenjenas al pecho”, con “una botella, que se empeñaron en llamar cetro del rey de los renegados” (“a pesar del vivo fuego a que el tal maniquí estuvo expuesto, jamás soltó de la mano su botelli-cetro”) y “con grillos y cadenas”. En Ávila, el monigote que encarnaba a Enrique IV fue también burlescamente representado con su corona, estoque y bastón, que fueron derrocados uno a uno, antes de que el muñeco completo fuese injuriosamente derribado sobre su cadalso. Los agentes de la burla abulense fueron:

don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo; don Yñigo Manrique, obispo de Coria; don Juan Pacheco, marqués de Villena; don Alvaro Çúñiga, conde de Plasencia; don Gómez de Caçeres, maestre de Alcántara; don Rodrigo Pymtel, conde de Venavente; don Pedro Puertocarrero, conde de Medellín; don Rodrigo Manrique, conde de Paredes, e Diego López de Çúñiga, hermano del conde de Plasencia, con otros cavalleros de menos estados, los quales mandaron hazer vn cadahalso, pusieron vn estatua, asentada en vna silla, que dezían rrepresentar la persona del rrey, la qual estava cubierta de luto, tenía vna corona en la cabeça, vn estoque delante de sí, con vn bastón en la mano. E así puesto en el campo, salieron todos aquestos nonbrados de la çibdad, aconpañando al príncipe don Alonso hasta el cadahalso, donde llegados, el marqués de Villena, el maestre de Alcántara, el conde de Medellín e con ellos el comendador de Saavedra e Alvar Gómez, tomaron al príncipe e se apartaron con él vn gran trecho del cadahalso. Entonçes los otros señores que allí quedaron,

<sup>8</sup> Información registrada por mí, en abril de 1997, en Alcalá de Henares (Madrid), a la señora S., natural de Santa María del Río.

subidos en el cadahalso, se pusieron alderredor de la estatua, donde en altas bozes, mandaron leer vna carta, más llena de vanidad que de cosas sustanciales, en que señaladamente, acusavan al rrey de quatro cosas, e que son: la primera, merescía perder la dinidad rreal, e entonçes llegó don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, e le quitó la corona de la cabeça. La segunda, que merescía perder la ministración de la justigia, e así llegó don Alvaro de Çúñiga, e le quitó el estoque, que tenía delante. La terçera, que merescía perder la gobernaçión del rreyno, e así llegó don Rodrigo Pimentel, conde de Venavente, e le quitó el bastón que tenía en la mano. Por la quarta, que merescía perder el trono e asentamiento de rrey e así llegó Diego López de Qúñiga e derribó la estatua de la sylla en que estava, diziendo palabras furiosas, desonestas.

¡O subditos, vasallos!, no teniendo poderío, ¿cómo desconponéys al vngido de Dios? ¡O súditos sufráganos!, no teniendo libertad, ¿cómo podes deshazer al que Dios e la natura quiso que fuese rrey?

[...] Luego quel avto del estatua [sic] fue acabado, aquellos buenos criados del rrey, agradesciendo las mercedes que de él rregibieron, llevaron al príncipe don Alonso hasta ençima del cadahalso, donde ellos e los otros perlados y cavalleros, alçándolo sobre sus braços, con bozes muy altas, dixeron: *¡Castilla por el rrey don Alonso!* E así dicho aquesto, las tronpetas e anafiles sonaron con grand estruendo, entonçes todos los grandes que allí estavan e toda la otra gente llegaron a besalle las manos, con gran solennidad, señaladamente, el marqués de Villena e los otros criados del rrey, que seguían su pasadas [sic]. (Enríquez del Castillo, 1994: 236-237).

La *Crónica de Enrique IV* de Enríquez del Castillo nos tiene reservado todavía otro episodio de valor y significado descomunales, por cuanto refleja las burlas, con quema final incluida, que contra la efígie de don Alonso Carrillo, cabecilla de los nobles levantiscos, emprendieron poco después de la Farsa de Ávila, en la Simancas cercada por los nobles rebeldes, los partidarios de Enrique IV:

E de aquí creció tanto el esfuerzo y osadía en los de dentro que los moços de espuelas, que allí estavan, tuvieron atrevimiento de se juntar vna gran copia de ellos, e juntos, acordaron entre sí de hazer vna estatua que representava la persona de don Alonso Carrillo, azçobispo de Toledo, a la qual llamaron don Opas, hermano del conde don Julián, que metieron los moros en Castilla contra el rrey don Rodrigo, donde fue perdida España; e así hecha la estatua e puesta en prisión, vno de ellos se asienta como juez e mandó de traer la estatua delante de él, pronunçiendo se sentencia, dixo:

*Que por quanto el arzobispo de Toledo, syguendo las pisadas del obispo don Opas, el traydor, destruidor de las Españas, avía seydo traydor a su rrey y su señor natural, rreuelándose contra él en los lugares, fortalezas e dineros que le avían dado para que lo sirviese; por ende, que vistos los méritos del profeso por el qual se manifestauan sus feos ynultos e delitos, mandava que fuese quemado, llenado por las calles e lugares públicos de Simancas, a boz de pregonero, diziendo: esta es la justicia que mandan bazer de aqueste cruel don Opas, por quanto rresçibidos lugares e fortalezas e dineros para servir a su rrey, se rreveló contra él, mando lo quemar en pena de su maleficio, quien tal hizo, que tal haya.*

Dada la sentencia, vn moço de espuela tomó la estatua en las manos e así pregonando la sacaron fuera de la villa, a vista del rreal, con aquesta estatua ivan más de trescientos moços de espuelas aconpañándola, a las bozes de aqueste pregón, se pararon los cavalleros e gentes del rreal a mirar, e desque los moços de espuelas llegaron, casy en medio del rreal de la villa, hizieron vna gran hoguera, donde quemaron la estatua, e quemada, comengaron a dezir en boz alta vn cantar que dezía:

Esta es Simancas,  
don Opas traydor.  
Esta es Simancas,  
que no Peñafior.

con otras coplas muy feas que contra él se dezían. Aqueste cantar duró gran tiempo en Castilla, que se cantava a las puertas del rrey e de los otros cavalleros. E quando los cavalleros del çerco vieron que estar sobre Symancas no aprovechava, ni se podía tomar por conbate, mucho menos por hanbre, e que ya el rrey se açercava con gran poder contra ellos, acordaron de levantar su rreal, e levantado, se tornaron a Valladolid. (Enríquez del Castillo, 1994: 242-243).

Documentos de calidad etnográfica y de trascendencia cultural impresionantes, estos castellanos del siglo XV, equiparables en tantos aspectos a los relativos a la deposición de José I en 1812, y que muestran continuidades asombrosas en las prácticas de injurias y burlas a las efigies de reyes o de nobles aborrecidos por el pueblo.

En alguna ocasión futura volveremos sobre estos rituales, que desnudan nuestra historia de formalidades institucionales y nos muestran una *intrahistoria* o una *antibistoria* más viva, más insólita, quizás más real y menos impostada. Quede, por el momento, este arco tensado entre la deposición burlesca de Enrique IV en 1465 y la de José I en 1812, con todas las telas costumbristas que hemos ido añadiendo al fascinante mosaico que dibujan, como garantía de que la investigación etnográfica puede y debe contribuir de manera decisiva, con sus técnicas para calar en el imaginario y en las prácticas culturales del pueblo, al discurso global de la historia.

## BIBLIOGRAFÍA

CARO BAROJA, Julio, *La estación del amor: fiestas populares de mayo a San Juan*, Madrid, Taurus, reed. 1983.

..... *El carnaval: análisis histórico-cultural*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992.

ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, Diego, *Crónica de Enrique IV*, ed. Aurelio Sánchez Martín (Valladolid, Universidad, 1994).

FRAZER, James George, *La rama dorada: magia y religión* [edición reducida], ed. E. y T. I. Campuzano, reed. México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

FREIRE LÓPEZ, Ana María, *Poesía popular durante la Guerra de la Independencia española* (Valencia: Grant & Cutler, 1993) núm. 77. *Entre la Ilustración y el Romanticismo: la buella de la guerra de la Independencia*, Alicante, Universidad, 2008.

GRIMAL, Pierre, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós, reed. 1997, s.v. Carila.

JIMÉNEZ, Juan Ramón, *Platero y yo*, ed. M. P. Predmore, Madrid, Cátedra, reed. 1987.

MESONERO ROMANOS, Ramón de, *Memorias de un setentón*, eds. José Escobar y Joaquín Álvarez Barrientos, Madrid, Castalia-Comunidad de Madrid, 1994.

MONTERROSO, Augusto *Lo demás es silencio*, México, Era, 1991.

PEDROSA, José Manuel, «Rey Fernando, rey don Sancho, Pero Pando, Padre Pando, Pero Palo, Fray Priapo, Fray Pedro: metamorfosis de un canto de disparates (siglos XIII-XX) », *Bulletin Hispanique* 98:1,1996, pp. 5-27.

[http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hispa\\_0007-4640\\_1996\\_num\\_98\\_1\\_4894](http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/hispa_0007-4640_1996_num_98_1_4894)

RODRÍGUEZ CACHO, Lina, «Los epitafios curiosos en las misceláneas», eds. Ignacio Arellano y otros, *Studia aurea*. En *Actas del III Congreso de la AISO, Tolouse, 1993*, III, *Prosa*, Pamplona, GRISO-LEMSO-M.AA.EE., 1996, pp. 435-446.

SOLÍS, Ramón y MARAÑÓN, Gregorio, *El Cádiz de las Cortes: la vida en la ciudad en los años de 1810 a 1813*, Madrid, Sílex, 2000.